

Crónica Literaria

Por ALONE

Cincuentenario de la Muerte de don Alberto Blest

Gana.— El gran problema de los escritores, la prueba definitiva de su talento: sobrevivir, tener lectores después de su muerte; belos aquí separados victoriosamente por nuestro Blest Gana con esta edición de sus mejores obras que ha lanzado recientemente la editorial "Ateneo", (Buenos Aires, Lima, Río de Janeiro, Caracas, Montevideo, México, Barcelona).

Tal vez lo hubo siquiera la intención de "rendirle un homenaje", lo que, desde luego, le correspondería a Chile: lo impuso "motu proprio", de la manera más legítima, el público, no sólo el de su patria, sino el de América latina, pues, como se observará, en la lista de las capitales falta Santiago, a la que tocan de rebote la honra y algún remordimiento.

La edición consta de tres volúmenes bien impresos, bien presentados, buen papel, pasta de tela, y comprende la versión integral de "La Aritmética en el Amor", "Martín Rivas", "El Ideal de un Calavera", "Durante la Reconquista" (un solo volumen de mil y tantas páginas), "Los Trasplantados" y "El Loco Estero", las novelas principales de su vasta producción, todo ello precedido de un estudio crítico biográfico sobre el cual omitimos pronunciamos.

Nacido el año 1830, fallecido en París en 1920, la vida de don Alberto presenta características singulares.

Hay su largo "período cataléptico", treinta y tres años en que no publicó nada, no dio señales de ninguna actividad, prácticamente desapareció de la literatura. ¿Qué le ocurrió? Había dado a luz tres novelas, con éxito creciente; pero el año 1864, a los 34 de edad, lo nombraron Intendente de Colchagua; después, Encargado de Negocios en Washington; más tarde, Ministro en Londres y, por último, en París, donde ancló.

¿Sus deberes burocráticos y la diplomacia lo absorbieron?

Suele creerse que favorecen las tareas del escritor, proporcionándole decorosamente un ocio remunerado.

Con él no fue así.

Tomó a lo serio su misión administrativa, especialmente la representación de nuestro país en el extranjero.

Es la primera de sus singularidades. No le hallamos explicación muy clara, aunque los casos de Dublé Urrutia y Jorge Hübner se le parecen; pero no les ocurrió lo mismo a Salvador Reyes ni a Guzmán Cruchaga, como tampoco a Orrego Luco. En fin, misterio.

La otra característica sorprendente mira al fondo del novelista: su impermeabilidad a las corrientes literarias dominantes que en torno suyo se sucedieron por más de medio siglo. Fiel al modelo de Balzac, adoptado en la juventud, su realismo costumbrista no se altera con la invasión de la escuela de Zola, cruda y poderosa, ni cambia su estilo, hecho de sencillez corriente, descuida el riguroso ejemplo de Flaubert que modeló a Maupassant. También se le diría ajeno a los simbolistas que trastornan las formas poéticas. Baudelaire, el perfecto; Rimbaud, el iluminado, los meticulosos Goncourt, Verlaine, Mallarmé, diríase que los desconoce, que pertenecen a otro mundo, como los marmóreos, olímpicos, parnasianos, etc.

Está en el hervidero de las nuevas creaciones; pero su fantasía sigue desenvolviéndose al mismo paso, dentro del mismo ámbito, con un ritmo preestablecido e inagotable.

Así, hasta 1920.

En París compuso "Durante la Reconquista", el más vasto fresco de nuestra historia nacional que se haya escrito a ese nivel; le siguen "Los Trasplantados", o sea, la imagen de Chile que tenía en derredor, como una isla, para finalizar, traspuesto el límite de los ochenta, con "El Loco Estero", prodigio de memoria intacta a esa avanzada edad, lleno de travesura juvenil y acaso lo mejor que produjo como gracia y viveza tan típicamente chileno.

Esta fidelidad incommovible al terruño, aunque tan lejos de él, es la que paradójicamente le conquista la adhesión internacional tan sostenida que ahora viene a demostrarse con la reciente edición de sus obras selectas, realizada fuera de Chile por buenos conocedores del ambiente y que vale por una espontánea consagración.

Otra figura más, excelsa, que añadir a la galería de "los chilenos fuera de Chile", en que anotábamos hace poco a Pérez Rosales, Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

Repercusiones de "Papillón", las memorias noveladas de Henri Charrière.— Como si se tratara, no de la narración de una serie de actos delictuosos, sino de otro delito, una verdadera investigación policial se ha desencadenado para saber a punto fijo si el autor de "Papillón" cuenta en su famoso libro toda la verdad, parte de la verdad, o si inventa de punta a cabo sus hazañas.

Acaso ni el mismo forzado de Cayena, mero aspirante a ganar dinero confesándose, pensó que su éxito llegaría a ese bizantinismo periodístico, a ese despliegue morboso de curiosidad.

No contento con que él mismo "haya sacado sus trapos al sol", quieren dejarlo desnudo hasta del simple taparrabo.

Con este fin, entre muchos la revista "Paris-Match" ha recogido en cinco grandes páginas ilustradas el relato sumario de dos escritores, Roger Segacat y Françoise Brunet, que hicieron sus maletas y emprendieron viaje al sitio de los sucesos para tomar declaraciones a los testigos y plantear la cuestión sobre bases documentales fuera de discusión.

El problema es el siguiente: Henri Charrière, ¿escribió, como pretende, sus memorias, o compuso una novela?

A fin de justificarse, "Paris-Match" alega la magnitud del suceso.

Lo califica de "El acontecimiento del siglo en la historia editorial de Europa". Un millón de ejemplares vendidos en Francia, cuarenta mil en Italia y España, traducciones en Inglaterra, América, Alemania, Japón, Grecia, Suecia y Turquía, han convertido a "Papillón" en héroe de historietas ilustradas y lo harán mañana tema de una gran película. Ya vimos que el miércoles María Romero se refería a ella.

¿Qué se reserva para los grandes benefactores públicos, para los héroes efectivos que han salvado a la humanidad de las pestes o las guerras? ¿Qué para los apóstoles y los santos?

Tal vez, el abandono; quizá, el silencio.

Después se quejan algunos de la ola de corrupción que invade al mundo...

El resultado, por lo demás, no es de ninguna manera brillante ni aun demasiado curioso.

La incertidumbre inicial permanece.

Nada en claro sacan a luz los investigadores tras su detenida e ingrata peregrinación. Unos testigos no se encuentran o han fallecido, otros recuerdan con dificultad detalles pequeños; la mayoría, por amistad o enemistad, para darse tono y aprovechar las circunstancias no sin el propósito de satisfacer un sentimiento hostil al triunfador, empuñándolo, en fin, por mil motivos se juntan para alterar la verdad, en vez de esclarecerla.

La idílica residencia del evadido entre los indios, esos siete meses paradisiacos de vida natural, las dos mujeres enamoradas que lloran su partida, cada una con un hijo en el vientre; la bondad, la nobleza, la generosidad y las virtudes puras de los no civilizados, episodio romántico que Chateaubriand habría explotado y que confirma las teorías de Rousseau, no aparece en parte alguna, ni siquiera se menciona, es como si Charrière no lo hubiera escrito y sus lectores lo hubieran soñado.

Eso queda a firme.

No le negaremos la importancia del hecho desde el punto de vista literario. Ello demostraría, si nadie lo impugna, que el autor de "Papillón" posee verdadero talento de novelista, es lo que acostumbra llamar un creador. Para él, fantasía no es "diáfano velo", consabido sino la tela misma de que su historia se compone, el rico material cuyos hilos le van saliendo con abundancia de las entrañas para tejer sus cuadros de ilusión con fuerza alucinante.

Pero eso ya lo sabíamos.

Y era lo que en la historia nos gustaba. En esa mezcla, en esa duda, en ese equilibrio inquietante y a la vez tranquilizador, si sería o no sería cierto, el talento indiscutible del narrador se abre paso y conquistaba el prestigio inmemorial de los viejos fabuladores que toman al lector como a un eterno niño que es y lo distraen, lo asustan, lo mecen, le cantan y lo encantan.